

La seducción incestuosa y su relación con lo melancólico en la mujer



CLARA URIARTE¹

Si nuestras madres no fueran decepcionantes
no recibiríamos nada de lo que, por sorpresa,
ofrece la vida.

J.-B. Pontalis

A lo largo de mi práctica analítica, la ruptura de una unión madre-hija que parecía muchas veces indisoluble me ha resultado de las más dolorosas entre tantas, y objeto de un duelo, por momentos, casi imposible. Resulta estremecedora la violencia de las luchas que estas mujeres transitan en sus análisis; con la esperanza de encontrar un camino distinto del naufragio ya vivido, nadan temerosas e inseguras hacia la orilla, a la búsqueda de algo de placer y plenitud de vida.

Volviendo sobre trabajos (2012) en los que escribía acerca de las identificaciones alienantes, de las heridas a un narcisismo aún vulnerable, de las uniones frustrantes a las cuales se vuelve una y otra vez, del amor-odio, encontré que los fragmentos de análisis en los que voy apoyando mi reflexión teórica y clínica corresponden, en su mayoría, al análisis de pacientes mujeres. Elecciones e insistencias no deliberadas que van dando cuenta de mi interés rondando en torno a la mujer y a los insondables lazos que la unen a una madre inevitablemente decepcionante.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. curiarte@adinet.com.uy

Freud (1905) cuando explora la sexualidad infantil no puede dejar de hacer notar las estimulaciones incontestablemente excitantes que opera la madre sobre el hijo a través de los cuidados corporales, cuando lo acaricia, lo mece, tornándolo un «sustituto sexual con pleno derecho».

En sus trabajos acerca de la femineidad (1933), al designar a la madre como la seductora originaria y al pecho materno como «el primer objeto erótico», no hace más que precisar lo señalado. Con el destaque de la fuerte ligazón madre-hija, la seducción se liga a su abandonada *neurótica* ya que, efectivamente, es la madre quien a través de los cuidados corporales provoca sensaciones placenteras en los genitales, y acaso las despierta por primera vez.

Hace ya largas décadas que reconocemos la importancia de un investimento libidinal en un espacio de juego especular, entendido no solo en términos de percepción visual, sino también de reflejo a través del tacto, del olfato, de toda sensación primordial. Esta danza amorosa en que madre-hijo se estrechan y apartan bien merece el nombre de *seducciones narcisistas recíprocas*.

La posibilidad de un espacio donde puedan jugarse en un movimiento alternado la seducción y la pérdida consigue transformar la ausencia desesperada en presencia virtual cuando el infans logra utilizar la presencia materna como pase hacia un lugar psíquico propio. Este es el comienzo de una actividad de simbolización incesante, nacida de las heridas traumáticas distintivas del devenir psíquico y de la búsqueda de un sentido para esas heridas.



La vida de Matilde revela dolorosamente cómo la desfiguración de una situación de seducción materna inaugural estructurante en una seducción narcisista persistente obtura los caminos de la separación, configurando un verdadero despojo del cuerpo del niño.

Desde pequeña sus padres dormían separados y ella compartía la cama con su madre. Recuerda la hora del baño, la exigencia con relación a la higiene corporal, la limpieza de la zona genital y el uso de pomadas y talcos. Luego del baño su madre la perfumaba y olfateaba su cuerpo. No

sentía desagrado por ello, simplemente la dejaba hacer. Los besos eran en la boca; eso sí, cuando la adolescencia se anunció comenzaron a provocarle rechazo, pero callaba pues temía enojar a su madre que parecía necesitarlos tanto. También le exigía compañía y un detallado relato de las tareas del día. Todo lo relativo a las realizaciones académicas era seguido paso a paso por la madre de Matilde que podía estallar en una violenta furia cuando una calificación resultaba «mediocre» para sus elevadas expectativas.

El padre no parecía muy interesado en Matilde, todo lo contrario de lo que sucedía con su hermano varón al que su padre «adoraba». Pero no le importaba, tenía el amor incondicional de su madre. Parecería que esta madre para la cual no existía lugar para el hombre, por lo menos no muy destacado, se hubiese devorado a su hija para vivir en un mundo siamés.

Se trata de heridas también traumáticas, también sexuales que vehiculizan anhelos y deseos parentales propios de la seducción inaugural, pero que ahora adquieren un carácter devastador para el psiquismo, al volver imposible la tramitación simbólica de las marcas dejadas por aquellos penosos encuentros. Una captura por la seducción ejercida como poder de dominio niega al deseo singularidad, lo que genera una configuración de tinte perverso.

Estas madres que se deslizan hacia los brazos de sus hijas ofreciéndose como protectoras y cómplices establecen un engaño, dado que la depresión cambia de campo: será ahora la niña la que asumirá la depresión y el desamparo. Ya nada le pertenece, toda posibilidad de un terreno psíquico inconfundible permanece enterrada viva, alimentando la ilusión de una bonanza sin nubes con una madre perfecta. El mensaje de la madre se puede traducir claramente como: «puedes vivir, pero no para tener tu propia vida, solo vives para sostener la mía». A cambio de una presencia sin condiciones, la hija intentará vanamente cubrir el agujero psíquico por el que drenan las hemorragias narcisistas, amenazantes para la frágil sobrevivencia materna.



Se sella una alianza por cierto inconsciente, sostenida en una prohibición fracasada que habilita a una fuerte erotización, mantenida viva gracias a una intensa seducción.

La posibilidad de un mayor acercamiento analítico a los odios y amores de una mujer para con su madre transcurre necesariamente en torno al trabajo con los defectos acaecidos en el periplo identificatorio. Las dificultades en la renuncia y el duelo resignan, a modo de testimonio, identificaciones maltrechas, marcadas por un odio desbordado que hacen pensar en una dialéctica amor-odio debilitada desde sus mismos orígenes, compartida con un intenso deseo incestuoso defectuosamente reprimido.

Si logramos acceder en un análisis a estas identificaciones de una indudable tonalidad melancólica, tendremos la posibilidad de que un odio engañosamente manifiesto y la decepción amorosa oculta tenazmente cesen de repetirse y logren ser expresados en un nuevo registro psíquico, no exento de dolor.



Cuando Freud (1931, 1932) nos habla del temor de la niña a ser asesinada, ¿devorada?, por su madre, o de los reclamos interminables por las supuestas faltas cometidas y, más aún, de la captación por la niña de la hostilidad inconsciente de su madre, no hace más que nominar magníficamente el circuito de odios y persecuciones tan caro a este tipo de enlaces.

A pesar de su apariencia destructiva, el odio vela por la conservación de un psiquismo en ciernes, denunciando poseer el mismo origen que su compañero el amor. Estos dos afectos primordiales trabajan en una constante tensión de contradicción, en una dialéctica pulsional sobre la que se funda todo encuentro subjetivante.

El odio implica la necesidad inmediata de la presencia del otro, de su amor, se alimenta de su existencia, no obstante pueda acompañarse de fantasías desplegadas en escenarios mortíferos e incluso si en algunas situaciones pasionales engendra la muerte.

La función del odio se descubre en la constitución y el establecimiento de discriminaciones logradas mediante la dialéctica de las operaciones de proyección e introyección, de los juicios de atribución: yo como-yo escupo, porque amo-odio (Freud, 1925). Es pues en un movimiento de separación y diferenciación que trabaja el odio como índice de reconocimiento de un otro separado, diferente. Si existiese un odio previo a la

capacidad de amar, se trata de un odio hijo de la vida, en tanto atiende a la preservación del indispensable lazo con el otro. Seguramente es en el exceso odioso de una decepción amorosa, de un amor no correspondido que se descubre el odio, que sabe y no sabe de la oculta demanda de amor.

El amor materno llamado «verdadero» se apoya, en su imposible relación con el psicoanálisis, en la creencia de un amor pacífico, de una entrega total al niño. Olvidan tales propuestas que una lograda articulación amor-odio resulta una necesidad imprescindible en los avatares de la subjetivación como posibilidad de un odio que organiza el amor como un amor que autoriza al niño a la vida y a la conquista de un espacio psíquico para el padre en su función de separación.

Si el amor de la madre no permanece incondicional, el niño accederá a un territorio donde poner a jugar su propia hostilidad en la vasta complejidad de sus registros. El amor de la madre «condicionado» es un amor no indiferente, ya que contiene en sí un odio vital que permite amar sin riesgo de destruir (Uriarte, 2012).

El odio solo será devastador en el caso de que la madre no logre simbolizar sus propios sentimientos de amor-odio. Un odio vital hace posible la admisión de la pérdida y la castración, mientras que su vertiente destructiva reposa sobre el vacío de palabras, «sin explicación», sin razones, insoportable e injusto.



Pero Matilde no habla de odio sino de un profundo amor, un amor apasionado por una mujer. Amor devastador, que la priva de ocuparse adecuadamente de su trabajo y, lo más serio para ella, que siente responsable del descuido hacia su familia.²

2 No es del todo sorprendente tropezar con estas zonas oscuras en sujetos neuróticos, de quienes podríamos decir que, sin ser propiamente perversos, cuentan con una corriente pulsional que se ha organizado en forma perversa. Se trata habitualmente de «aspectos perversos» o «actos», muchas veces pasajeros, en relación con cualidades del vínculo con el otro primordial que no fueron suficientemente reprimidos, sublimados, sin poder lograr una cabal integración dentro de la organización neurótica. →

A los seis meses de la muerte de su madre ocurre el encuentro con Isabel: «era como si me estuviera esperando, fue como un bálsamo, me aplaca, me calma, ya no lloro». Transcurren las sesiones con relatos de tórridos encuentros. Sin embargo, no todo es maravilloso, Isabel la quiere solo para ella y, agrega Matilde: «puede ser despiadada a veces, conmigo nunca, pero me asusta verla cómo usa su poder».



Las identificaciones que ha dejado en el psiquismo de Matilde la intensa seducción ejercida por su madre estarán hechas de marcas de hostilidad, de sometimiento y aquellas grabadas por el ejercicio de una seducción narcisista, en que el dominio sobre el otro resulta relevante.

Es importante insistir en las dificultades de una transferencia especular, dual, en que la contratransferencia del analista queda sometida a una dura prueba, en un mundo de emociones y afectos desbordantes que evocan agonías primitivas. Matilde exige de la analista un amor y cuidados sin límites que, ante la inevitable decepción amorosa, se transforma rápidamente en un profundo odio extendido a lo largo de los meses. Hasta que un día, más calma, cuenta que, por un descuido, se encerró en su auto. Lo despiadado, el uso del poder que había relatado que acostumbraba ejercer su amiga se abre a renovados sentidos al enlazarse con esa «distracción» que la deja encerrada en su auto, movimiento inconsciente exquisito que, como punta de una madeja, conduce hacia sus temores de lo despiadado de la analista, a un encierro del que cree que nunca podrá liberarse. Todo ello la hacía sentirse envuelta en una mezcla desconcertante de tranquilidad y un profundo enojo.

- Se encuentra en los «Tres ensayos de teoría sexual», subrayado claramente por Freud (1905), cómo la disposición a las perversiones es la «disposición» originaria y universal «de la pulsión sexual» de los seres humanos. Por lo tanto, la disposición originaria y universal de la pulsión sexual a la perversión no se homologaría con el ejercicio de la perversión por el sujeto infantil, el cual puede venir de seducción perversa o el abuso del adulto tomando el cuerpo del sujeto infantil como lugar de su goce autoerótico, predispone a la perversión como destino, no ya de la pulsión sino del sujeto mismo.

De alguna forma no habrá posibilidad de análisis si el analista rechaza la violencia erotizada de la seducción, como amasado de odios y amores que dejan al descubierto la debilidad de prohibiciones estructurantes. No alcanza con sobrevivir, hay que estar ahí, ya que el despliegue transferencial de ese odio erotizado puede ser el único medio de que dispone un paciente para permitirnos acercarnos a todo aquello que, fallidamente reprimido, puja por lograr enlaces simbólicos más acabados.

La verdadera destructividad en transferencia no está contenida en el odio sino en la relación de seducción narcisista, en los riesgos de una pareja narcisista en la que los dos partenaires no solo son intercambiables, no solamente son «asexuados», sino que entre ellos reina esa paz infinita propia de esos espacios desprovistos de conflicto. La tentación del analista que, intentando escapar a los ataques violentos plenos de odio, responde a las necesidades narcisistas del paciente preserva su propio narcisismo y evita también para sí mismo las muestras dolorosas de la alteridad.

En el transcurso de una cura nombrada como esencialmente neurótica, vemos aparecer emociones, afectos desbordantes, un amor-odio apasionado, exclusivo, señal de una identificación narcisista profunda. Los inquietantes e intensos movimientos de la transferencia sumergen a analista y paciente en un odio desatado, sin enlace aparente con un amor vehemente mantenido inconsciente, cuyo origen permanecerá por un tiempo desconocido. En Matilde, la huella de esas identificaciones narcisistas originarias, marcadas por el rechazo de la separación, de la pérdida, ponen de manifiesto el lugar fundamental de la identificación con ese primer otro, «mal diferenciado», «mal identificado», al modo del objeto arrasado de la melancolía (Freud, 1917; Cornut-Janin, 1998).

¿Acaso la relación amorosa de Matilde no posee el intenso sentido de anular toda posibilidad de duelo, de huida de aquellos sufrimientos agnósticos intolerables, marcas testimoniales del desamor materno?



Lo melancólico en una mujer atañe esencialmente a la imposición de un ideal de influencia como amo absoluto de la vida y de la muerte que porta una madre encarnando un objeto nunca perdido, siempre presente por

medio de una identificación primaria narcisista. Cuánto rechazo, cuánto desamor es el costo para que esta figura sin límites oculte la semilla melancólica de la locura materna en una escenificación dramática de seducción y abandono.

Una madre que ha sido amada por su propia madre guarda en ella las huellas de una relación erótica similar a un estado amoroso recíproco inscrito en el inconsciente para nunca desaparecer. Estas memorias sensoriales que impregnan su cuerpo la reaseguran en los momentos de temor y angustia extremos. Gracias a estas memorias ella podrá, en su momento, transmitir seguridad y consuelo a su propio/a hijo/a.

De muy diferente cualidad es la estofa psíquica acarreada por aquellas madres anhelantes de que esa niña que esperan sea «casi todo» lo que hubieran esperado para ellas mismas de su propia madre. Ahora tendrán la posibilidad de comenzar nuevamente, desconociendo que son portadoras de las mismas improntas de desamor que, a su turno, están destinadas a repetir. Se puede decir que esta pasión dolorosamente ambigua no es más que el reflejo desplazado del de su madre por su propia madre.

Las madres que hacen de sus hijas mujeres idénticas a ellas mismas son mujeres cuyo psiquismo fue mortalmente herido durante su infancia y que, al contrario de «la madre muerta» de A. Green, se imponen a sus hijos como madres todopoderosas por la violencia de sus odios y penas. Han heredado una herida narcisista mortal que tratan de reparar por la maternidad de madre a hija, condenadas a transmitir las heridas y a repetir el fracaso de sus vidas.

Las hijas de una madre como la de Matilde, privadas de la interdicción del incesto y en quienes toda creencia emocional ha sido avasallada, poco podrán a su turno devenir madres, soñar con un hijo como otro, desarrollar en ellos el amor y la confianza que les permitan identidad propia y singular, cuando no la han obtenido para sí mismas. Frente a su hija recién nacida solo pueden sentir un enorme desamparo, las necesidades y sentimientos de su infancia afloran con una violencia y una brutalidad tales que hacen inevitable su evacuación sobre el psiquismo de la hija.

Considerando al superyó como esa memoria en la que descansan las identificaciones de las generaciones precedentes, la niña recibe una herencia o es portadora de los efectos de la relación de su madre con su propia

madre. Pensemos en asignaciones transgeneracionales, en linajes de hijas inconscientemente rechazadas por sus madres, tomadas por identificaciones que expelen insatisfacción, desesperanza, ahora proyectadas sobre la hija. Sin duda ha tenido lugar un verdadero *secuestro* de la subjetividad tal como planteara recientemente Rimano (2013).

No dejamos de sentir cierto alivio como analistas ante la intensa convicción de muchas de estas mujeres de haber ocupado un lugar relevante a lo largo de la vida de sus madres, quizás el capítulo más importante. La dolorosa, patética insistencia en el relato de encuentros en los que, sin duda, aparecían como «los ojos de su madre» revela, justamente, la privación sufrida para la obtención de una mirada amorosa.



A su vez me pregunto cuánto de este anclaje en una madre despiadada, odiada-amada ponía sombras sobre la dimensión edípica siempre presente y mantenía ocultos otros dolores ligados a la desilusión de no ser única a los ojos de su madre.

La ruptura de este acuerdo de inconscientes transita fundamentalmente por reconocer que el padre seguramente procuró a esta madre un placer diferente, del que ella estaba ausente, una renuncia difícil de aceptar en el doloroso camino de afianzar la neurosis. ♦

RESUMEN

La desfiguración de una situación de seducción materna inaugural, estructurante, en una seducción narcisista persistente configura un verdadero despojo del cuerpo del niño. Se vehiculizan anhelos y deseos parentales propios de la seducción inaugural, que ahora adquieren un carácter devastador para el psiquismo, al volver imposible la tramitación simbólica de las marcas dejadas por aquellos penosos encuentros.

Dificultades en la renuncia y el duelo dejan como testimonio identificaciones maltrechas marcadas por un odio desbordado que hacen pensar en una dialéctica amor-odio debilitada desde sus mismos orígenes, compartida con un intenso deseo incestuoso defectuosamente reprimido.

Lo melancólico en una mujer atañe esencialmente a la imposición de un ideal de influencia como amo absoluto de la vida y de la muerte que porta una madre encarnando un objeto nunca perdido, siempre presente por medio de una identificación primaria narcisista.

Pensemos en asignaciones transgeneracionales, en linajes de hijas inconscientemente rechazadas por su propia madre, tomadas por identificaciones que expelen insatisfacción, desesperanza, ahora proyectadas sobre la hija.

Descriptor: ODIO / SEPARACIÓN / SEDUCCIÓN NARCISISTA / DOLOR /
PERVERSIÓN NARCISISTA / IDENTIFICACIÓN / ALIENACIÓN / MATERIAL CLÍNICO

ABSTRACT

When a situation of an inaugural maternal seduction becomes in a persistent narcissistic seduction, configures a real spoil of the child's body. Own wishes and desires of the inaugural parental seduction acquire a devastating character for the psyche, and make the symbolic processing of the scars left by those painful encounters impossible.

Difficulties in resignation and mourning leave identifications marked by hatred as a testimony and this makes us think in a love-hate dialectic weakened from the very beginning and shared with an intense repressed incestuous desire.

The melancholy of a woman has to do with the imposition of an ideal of influence as an absolute master of life and death that a mother carries embodying a never-lost object, always present through a primary narcissistic identification.

Think of transgenerational allocations, daughters lineages unconsciously rejected by their own mother, taken as identifications made that expel dissatisfaction, hopelessness, now projected on the daughter.

Keywords: HATE / SEPARATION / NARCISSISTIC SEDUCTION / PAIN / NARCISSISTIC PERVERSION / IDENTIFICATION / ALIENATION / CLINICAL MATERIAL /

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- APU. (2012). Grupo de estudio sobre «La neurosis en sus funcionamientos límites». Coordinadora: Clara Uriarte, 2012-2013.
- Cournut-Janin, M. (1998). Quand la névrose, analysée, laisse apparaître un noyau mélancolique. En *Féminin et féminité*. París: PUF.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1917 [1915]). Duelo y melancolía. *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1925). La negación. *El yo y el ello y otras obras*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1931). Sobre la sexualidad femenina. *El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1933 [1932]). 33.ª conferencia. La femineidad. *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras*. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Pontalis, J.-B. (2005). Decepcionados y decepcionantes. En *Ventanas*. Buenos Aires: Topía.
- Rimano, V. (2013). Sufrir en otro. Historia de un secuestro. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 117.
- Uriarte, C. (2012). El amor violento. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 115.